

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION. Sale los dias 5 y 20 de cada mes desde el 5 de febrero. Cada número consta por lo menos de 16 páginas. Al fin del año se repartirán los índices y portadas correspondientes.—Cuesta en Madrid 5 rs. al mes, llevado á casa de los suscritores. Pagando un año adelantado 52 rs.—En provincias 10 rs. por trimestre y 56 por un año.—Se suscribe en Madrid, librerías de Bailly-Baillière y Duran, y en la administracion, Carrera de San Gerónimo, núm. 22, piso segundo, derecha.—Las suscripciones de provincias se harán en carta franca al administrador de EL ECONOMISTA, por medio de libranzas ó sellos de franqueo.—No se admitirá correspondencia que no venga franca de porte.—Las reclamaciones se dirigirán á la administracion.

PROGRAMA ECONÓMICO

DEL ECO DE LA GANADERIA Y DE LA INDUSTRIA.

La abundancia de materiales y las cortas dimensiones de nuestro periódico nos han impedido hasta ahora ocuparnos de un nuevo adalid, que con formas mas dignas y templadas que las que por lo comun emplea la secta proteccionista, se ha presentado en la arena periodística á combatir las doctrinas de el libre-cambio que EL ECONOMISTA defiende.

Nuestro apreciable colega ha sentado las bases de su programa económico en el primer número, y tenemos el deber de hacerlo conocer á nuestros lectores con las observaciones que su lectura nos sugiere, y que son *las mismas de siempre*, porque los argumentos que el ECO DE LA GANADERIA emplea para combatir la libertad comercial son tambien los *mismos de siempre*.

Lo primero que nuestro colega asegura acerca de los principios libre-cambistas (que llama sistema formidable) es que *la historia y la práctica se muestran rebeldemente tenaces contra sus deducciones ó preceptos*. No sabemos de que estudios ha deducido nuestro colega semejante aseveracion. Lejos de eso, los principios de la libertad comercial han nacido, ó por mejor decir, se han presentado á los economistas de todas las naciones por la observacion de los hechos, que ha permitido en la ciencia económica como en todas las demas ciencias, conocer las verdades y luego clasificarlas y ordenarlas en cuerpo de doctrina. Las leyes económicas se han deducido de ese modo. Se han visto los males de la proteccion, y por esos males se ha conocido lo absurdo de la *teoría* proteccionista. Las observaciones posteriores han venido á dar una completa sancion á la teoría contraria, que no se ha visto nunca en contradiccion con la observacion de la práctica en que tuvo su origen.

Pero díganos el *Eco de la ganadería*. En el orden social, ¿puede decirse que están de acuerdo con la práctica principios que exigen para su realizacion *el empleo de la fuerza*, como sucede con el sistema proteccionista? De ninguna manera. ¿Y puede citarnos el ECO DE LA GANADERIA alguna época ó alguna parte del globo en que el sistema proteccionista no haya exigido como condicion indispensable de existencia, el empleo de la violencia contra los instintos humanos? El hombre por las condiciones de su natura-

5 de Diciembre de 1856.

leza se vé impulsado irresistiblemente á hacer *el cambio* de sus esfuerzos y de los productos de su trabajo allí donde obtiene mayor ventaja; sin *una fuerza artificial* que se lo impida, el hombre es en todas partes *libre-cambista práctico*, y el libre-cambio está pues de acuerdo con la organizacion natural del hombre, como por la diferencia de cualidades productivas entre los hombres y las comarcas del globo está de acuerdo con la naturaleza íntima de las cosas. El contrabando no es otra cosa que una protesta permanente contra la violencia que se hace á la ley natural por los sectarios de la proteccion.

Además el libre-cambio está de acuerdo con la naturaleza del hombre *ante el derecho*, porque no es otra cosa que una consecuencia indeclinable del derecho de propiedad. Si la libertad comercial puede ocasionar los males que los proteccionistas suponen, es preciso reconocer que las leyes de Dios han colocado al hombre entre la justicia y la miseria, y que para ser rico debe ser injusto. Nosotros tenemos una idea mas elevada de la sabiduría del Creador, y tenemos fe en la armonía de la justicia y de la utilidad.

Cita luego nuestro colega al alemán List y dice que ha demostrado que el libre-cambio tiene tres defectos capitales: 1.º Un *cosmopolitismo químérico* que no comprende la nacionalidad y que no se preocupa de sus intereses; 2.º Un *materialismo sin vida* que no ve por todas partes mas que el valor permutable de las cosas, sin tomar en cuenta los intereses morales y políticos, ni el presente, ni el porvenir ni las fuerzas productivas de la nacion. 3.º Un *individualismo desorganizador* que, desconociendo la naturaleza del trabajo social y el resultado de la asociacion de fuerzas en sus consecuencias mas elevadas, no representa en el fondo mas que la industria privada tal como se desenvolveria en medio de las relaciones libres de la sociedad; esto es, con todo el género humano, si no se encontrase dividido en naciones.

Como ven nuestros lectores, los cargos que hace el *Eco de la ganadería* al libre-cambio, son *los mismos de siempre*; cargos contestados hasta la saciedad en todas las naciones y que hemos destruido en *El Economista*. Sin embargo, y a riesgo de hacernos pesados los combatiremos de nuevo en el menor número de palabras que nos sea posible.

Si el libre-cambio es *cosmopolita*, es porque los hechos que los economistas han observado y los principios que lógicamente de ellos han deducido, son principios de todas las épocas y de todas las naciones, son *hechos y principios generales*, y la circunstancia de ser cosmopolitas es la mayor prueba de su exactitud, y su mayor elogio. ¡Qué se diría del que dirigiera un cargo á los principios de la geometría, porque no tienen en cuenta las nacionalidades! Las leyes del espacio son las mismas en todas partes; las mismas en todas partes son las leyes económicas. El hombre tiene en todas partes la misma organizacion para el trabajo, la misma tendencia á disminuir el trabajo en proporcion del resultado, ¿qué tiene de extraño que sus relaciones en lo que se refiere al trabajo sean las mismas en la zona tórrida que en la templada, en España que en Inglaterra, en Madrid que en Valencia ó Barcelona? ¡Qué no comprende la nacionalidad! ¡Qué tiene que ver la nacionalidad con el asunto, si se trata de leyes y verdades generales, de todos los siglos, de todos los lugares, de todos los hombres! Se dirá que el libre-cambio tiende á acabar con las nacionalidades, y dado caso que ese sea su efecto, ¿qué importa, si marcha hácia ese limite aumentando las ventajas de todas ellas, asimilando sus intereses, fundiéndolos sin daño de los

individuos que las componen? ¿No producen el mismo resultado las vías de comunicacion y las defendeis y las estableceis? Si el marchar hácia la fusion de las nacionalidades en la humanidad es un mal, sed lógicos, destruid toda comunicacion con el extranjero, elevad el muro de la china en la frontera, impedid por todos los medios posibles las relaciones, porque esas relaciones tienden fatalmente hácia el resultado que temeis tanto.

El libre-cambio se funda en el principio de que el interés de las naciones es armónico; que el bien de una es el bien para todas las demas, que el mal de una produce de rechazo un daño para todas. Pero el libre-cambio, si deja á la tendencia natural que hay en la humanidad á la fusion de las nacionalidades espedito el camino; no las oprime ni supedita las unas á las otras; establece entre ellas una dependencia recíproca.

El segundo cargo de que en el libre-cambio hay un *materialismo sin vida etc.* carece de base racional como el primero. En qué y porqué es materialista el libre-cambio? No lo sabemos, porque no sabemos cómo puede un principio científico ser espiritualista ni materialista. Decir que el sistema libre-cambista no vé por todas partes mas que el valor permutable de las cosas; es ignorar lo que es el cambio; es no saber ni cómo, ni por qué se lleva á cabo.

El valor permutable de las cosas aparece ó se fija por el cambio, pero el móvil de este es el ahorro de esfuerzos y el aumento de satisfacciones para el hombre. Esto es lo que se busca en el cambio. Mas absurdo es todavía decir que los partidarios de la libertad comercial no tienen en cuenta los intereses morales y políticos, ni el presente ni el porvenir, *ni las fuerzas productivas de la nacion*, cuando cabalmente se fundan en la observacion de esos intereses, cuando cabalmente la principal razon en que se apoya la doctrina libre-cambista es la de que cada nacion tiene fuerzas productivas mas á propósito para unas producciones que para otras, y que es una locura empeñarse en dirigir esas fuerzas por el camino en que pueden dar menor resultado. Los que no tienen en cuenta las fuerzas productivas de la nacion son los proteccionistas, que se empeñan en que una nacion produzca todo lo que necesita; empeño tan absurdo como el de obligar al hombre á producir todo lo que exigen sus necesidades.

El cargo tercero consiste en que el libre-cambio encierra un *individualismo desorganizador*, que desconoce la naturaleza del trabajo social y el resultado de la asociacion de fuerzas etc.

Quisiéramos que el *Eco de la Ganaderia*, nos hiciera saber donde vé el *individualismo desorganizador*, porque no basta decir que existe. Es preciso probarlo. Quisiéramos que nos explicára tambien porqué el libre-cambio desconoce la naturaleza del trabajo social. Quien desconoce la naturaleza del trabajo social, es la secta proteccionista, que no sabe lo que es *trabajo*. Los economistas creen que el *trabajo* es una *pena* para el hombre y creen que sumadas las penas que todos los individuos experimentan no puede resultar sino una cantidad de *pena* mas considerable. La naturaleza del trabajo individual es, pues, la misma que la del trabajo social y si es para un hombre ventajoso reducir la suma del trabajo que para un cierto resultado necesita, ventajoso es tambien para las naciones. Por el cambio se puede realizar esta ventaja para la nacion lo mismo que para el individuo, y si la division del trabajo que permite la asociacion de fuerzas es conveniente entre los individuos, conveniente es entre las naciones.

Que el libre-cambio no representa en el fondo mas que la industria

privada, es ciertísimo, pero eso no es un cargo. Tenga presente el *Eco de la Ganadería* que la industria organizada por la nación es el comunismo.

Dice luego nuestro apreciable colega que el libre-cambio considera como real y presente un estado de cosas que solo es posible y futuro. Supone en el globo el imperio lisonjero de una paz perpétua etc.

Tampoco sabemos donde ha aprendido semejante cosa el *Eco de la Ganadería*. El libre-cambio no supone nada; toma las cosas como están; lo que hay es que los partidarios de la libertad comercial creen como ya hemos dicho antes, que su realización ha de aproximarlos á ese estado de cosas.

Otras mil cosas cuelga el *Eco de la Ganadería* al pobre libre-cambio, como la de que pretende distribuir á las naciones en dos grandes categorías agrícolas fabriles; que combate los adelantos industriales, y qué se yo cuantas cosas mas, que son de la invención de los proteccionistas porque jamás las han defendido los partidarios de la libertad comercial, ni es posible lógicamente deducirlas de sus principios.

No haremos mas largo este artículo que tiene solo por objeto hacer conocer á nuestros lectores las doctrinas que defiende el *Eco de la Ganadería* y ha consignado en su programa, ó por mejor decir las doctrinas que combate, porque no ha presentado su teoría ó sistema de una manera terminante, y ya saben nuestros lectores que hay muchas maneras de ser proteccionista. No hay tampoco un solo sofisma en ese programa que no haya sido ya pulverizado mil veces. En lo sucesivo ademas y si el *Eco de la Ganadería*, á quien deseamos larga vida, no se desdén de entrar en discusion con nosotros, tendremos ocasion de volver á poner en claro los flacos del sistema proteccionista, tarea para la que siempre estamos dispuestos, pero que desempeñamos con mayor placer, cuando encontramos adversarios corteses. como nuestro apreciable colega, muy diferente en sus acusaciones al libre-cambio de otros periódicos proteccionistas que todo lo meten á barato y no discuten sino empleando personalidades de mal género y peor intención.

Terminaremos dando nuestra cordial bienvenida, aunque algo tarde, al *Eco de la Ganadería*, que sin embargo de sus ideas proteccionistas, es un periódico utilísimo por otros conceptos y digno del aprecio que indudablemente obtendrá, por sus trabajos en la parte técnica de las industrias á que está dedicado.

Pensabamos continuar hoy el exámen del discurso del Sr. Villaboa, cuando hemos recibido el siguiente remitido, donde se combate otro trabajo del mismo autor, fundado en los mismos principios, y hemos creido conveniente darle la primacia, con tanta mas razon cuanto que lo que hemos dicho sobre el discurso del Sr. Villaboa basta y aun sobra para juzgarlo.

REMITIDO.

Hace algun tiempo que llegó á nuestras manos un folleto del Sr. Gomez de Villaboa, bautizado por su autor con el pomposo título de «Reforma

Económica y Mercantil,» ó sea «Bloqueo Continental Europeo y Americano de la Gran Bretaña.» No nos ocupamos antes de impugnarle por la misma razón que hace se dejen pasar desapercibidos los numerosos descubrimientos de la cuadratura del círculo y del movimiento continuo que diariamente ven la luz pública.

El sistema mercantil condenado al olvido por los mismos proteccionistas, tiene la honra de salir del polvo en que yacía y ser resucitado por el Sr. Gomez de Villaboa. Habíamos guardado hasta ahora silencio por no cansar al público con la reproducción de una de tantas ediciones de los elementos de Economía Política, únicos conocimientos que son necesarios para destruir por completo el gran edificio levantado por el autor de la Reforma; pero tan alto elevan los proteccionistas los dotes de su campeón y tanto preconizan el valor de sus argumentos, que continuar callando sería un asentimiento tácito á sus doctrinas y una confesión bien clara de impotencia. Empezaremos la refutación de la memoria en estilo sério, aunque tan poco se presta á ello el asunto ni el estilo que emplea el autor.

El Sr. Gomez de Villaboa, por no perder la costumbre de sus compañeros de ideas, nos presenta el libre-cambio como un invento perniciosísimo debido al maquiavelismo inglés y parodia con todos ellos *el Timeo Danaos et dona ferentes*. Parten del supuesto que nada puede hacer la Inglaterra que sea bueno para nosotros, y con estas premisas sentadas, fácil es deducir todas las consecuencias apetecibles.

No tratamos de justificar á la Inglaterra de todos sus actos, ni estamos tampoco obligados á ello; pero muy apurados de argumentos se deben encontrar nuestros adversarios cuando recurren á tan pobre salida. Si la causa de la protección es defendible en si misma, si el libre-cambio es un tejido de absurdos insostenibles; qué importa que venga ó no de Inglaterra, para hacer patentes sus defectos? Su condenación estará en él mismo y no en su procedencia.

El argumento tendría fuerza si la Inglaterra nos propusiese el libre-cambio para nuestra felicidad exclusiva: si digese, me sacrifico por vosotros, perjudicándome por solo el placer de colmaros de beneficios. Pero no es así como se espresa. Confiesa francamente cuanto gana con la libertad de comercio y añade al dirigirse á los demás pueblos: examinad si estas ventajas que reconocemos, pueden seros igualmente aplicadas; y si es así, abandonad la errada senda que seguís y por la cual también caminamos nosotros largo tiempo ofuscados por las mismas falsas apariencias que os alucinan.

En este lenguaje nadie podrá encontrar la mala fé que se atribuye á la Inglaterra: es muy racional y se comprende muy bien que, aun suponiéndola muy egoísta, proponga una medida provechosa para nosotros cuando de ella no le resulte ningún perjuicio. ¿O supondrá el Sr. de Villaboa bastante estúpida á la Inglaterra para sacarse los dos ojos por el placer de hacernos perder los nuestros?

Para demostrarnos el horror *oculto* de la Inglaterra hacia el libre-cambio y la simpatía *aparente* que le profesa, hé aquí como se espresa el autor en su folleto.

«Para el triunfo de la *Liga* en Inglaterra, bajo la administración de Sir Robert Peel, fué preciso que Irlanda perdiese un millon de habitantes muertos de hambre y miseria, y que emigrase otro millon y medio, el *exodo* (filantropía inglesa hacia sus *hermanos*, cuadro horrible contemporáneo»

raneo y único en la historia del mundo) y el temor de que la Inglaterra sufriese iguales desastres; solo en tan críticos momentos se suprimieron los derechos de entrada de los cereales y sustancias alimenticias en una nacion *eminente fabril*, y cuyo suelo, modelo del buen cultivo, no produce el suficiente alimento para sus habitantes. Sin embargo, los ingleses se muestran partidarios del *libre-cambio*, lo que no debe extrañarse despues de haber desempeñado Smith el cargo de Comisario de las Aduanas de Escocia, para demostrar prácticamente lo contrario de lo que habia escrito en sus obras de Economía política: pero esto es muy inglés y el dejarse engañar muy Español.»

Poco instruido se manifiesta el Sr. Gomez de Villaboa de lo ocurrido entonces en Inglaterra; y si rechaza á Fonteyraud y Bastiat como interesados en la cuestion, puede leer las obras de Guizot y de Richelot á quien no acusará de parciales, y en ellas aprenderá á hablar con mucho respeto de personas aun mas notables por sus grandes virtudes que por su reconocido talento y vasta erudicion. No comprendemos como el libre-cambio que entonces no existía, pudo ser causa del *Exodo* de la Irlanda. Este exodo lo proponian como remedio los partidarios de las doctrinas que profesa el Sr. de Villaboa, en tanto que los miembros de la Liga, esto es, los partidarios del libre-cambio, contestaban «*que mas sencillo era dejar venir los alimentos á Inglaterra, que mandar á los ingleses en busca de alimentos*. Los filántropos ingleses, los que organizaban suscripciones para socorrer al obreiro, los que proponian se fijase un minimum en los salarios y un máximo en las horas de trabajo, como hace el Sr. de Villaboa en su memoria, eran los señores de las tierras, los dueños del poder, y los libre-cambistas les contestaban: «Haced primero justicia, y despues os ocupareis de la Caridad.» Cobden dijo públicamente que el menor de los salarios que pagaba á sus obreros, era doble de los que percibían los dedicados al trabajo del campo y esto no por *filantropía*, sino por ser aquella la tarifa ordinaria. Los proteccionistas ingleses defendían su causa con las mismas armas que los nuestros, y no presentan estos un argumento que no nos obliguemos á hacerles ver en boca de los primeros. La ruina de su Agricultura por la imposibilidad de poder competir con Rusia y España; el trabajo nacional sin salarios; la independendencia del estrangero, todo fué invocado sucesivamente, y todas estas defensas cayeron por tierra ante las poderosas razones de los libre-cambistas.

¿Quién duda que estos empeñaron una lucha á muerte con los protegidos, que dueños del poder se resistieron hasta el último trance por todos los medios imaginables? Tambien nosotros tendremos que combatir rudamente el monopolio catalan, el cual no abandonará fácilmente su presa, y no creo deba esto invocarse como una prueba contra el libre-cambio.

La segunda objecion relativa á Adam Smith, es aun mas pueril. Pues qué, basta una ligera divergencia de opiniones para que un hombre eminente niegue sus servicios á su patria! ¿Cuántos empleados en estancadas cuenta hoy día el Gobierno, personas dignísimas, y que opinan sin embargo por el desestanco de aquellas rentas?

En Inglaterra, el famoso Dicon Hume, cuyo interrogatorio contribuyó tan poderosamente á ilustrar la opinion pública acerca de la reforma de las leyes que regian el comercio de cereales, era un empleado de un Gobierno proteccionista en las oficinas de comercio. Y entre nosotros mismos, cuenta el Gobierno numerosos agentes partidarios de la libertad de comercio,

figurando en primera línea todos los profesores de la ciencia económica.

Pero supongamos incompatible la opinion particular de un individuo con el desempeño de un cargo público, ¿seria la razon alegada un argumento muy sólido contra la libertad de comercio, y contra el convencimiento de los que la sostienen? ¿Probaria otra cosa, sino la miserable condicion humana á la cual con harta frecuencia arrastra el interés personal á obrar contra su conciencia?

Afortunadamente no necesitamos defender á Adam Smith en ninguno de los dos terrenos ya mencionados, y el Sr. de Villaboa comete un error grosero al identificar las aduanas con el principio protector.

Las aduanas pueden tener dos objetos completamente distintos. El primero proporcionar recursos al gobierno para cubrir sus obligaciones, por medio de la percepcion de los derechos establecidos. El segundo proteger la industria nacional elevando el precio de los géneros análogos extranjeros.

Para proteger la industria nacional, es necesario vender poco del género extranjero, es necesario que pase poco por la aduana, es necesario que el rendimiento de esta sea lo mas exiguo posible, se necesitan derechos altos.

Por el contrario, para suministrar recursos al Gobierno, la entrada debe ser abundante, y para ello pequeños los derechos. Asi la aduana rechazada como instrumento protector puede admitirse como instrumento fiscal, es decir, como impuesto.

No es esta la ocasion de examinar la aduana bajo este aspecto; es un medio de percepcion bueno ó malo, que tendrá sus ventajas é inconvenientes; que deberá admitirse ó desecharse, pero cuyo exámen no corresponde á este lugar, y si cuando se trate de escogitar el mejor sistema de contribuciones, no estando ligado de ninguna manera con la cuestion presente.

Quede, pues, sentado de una vez, que las aduanas en nada se oponen á la teoria de la libertad de comercio, y aunque *españoles y engañados* no nos falta algun cacho de razon con que encubrir nuestra boberia. Consuélese el Sr. de Villaboa y ensanche el ánimo al contemplar á su alrededor tan limitado el número de los bobos y *tan infinito el de los sábios*. En cambio nosotros, aunque en minoria, nos consolaremos con ser bobos en compañía de Turgot, Adam Smith, Campomanes, Jovellanos, Say, Florez Estrada, Roberto Peel, Cobden, Bastiat, Comte, etc., etc., y por añadidura los cuatrocientos impenitentes del Congreso de Bruselas que tuvieron la inaudita osadia de no quedar convencidos por los argumentos del Sr. de Villaboa.

Entremos ahora de lleno en el exámen del sistema dividido en dos partes, la teoria (porque tampoco esos señores desdeñan la teoria..... cuando les conviene) y la práctica.

El Sr. de Villaboa es escesivamente modesto; pide proteccion á la industria por solos diez años, y la razon es peregrina; «porque al cabo de este tiempo ya la industria nacional se habrá puesto al nivel de la extranjera.» Díjolo Blas, punto redondo: El Sr. de Villaboa asegura que á los diez años la industria no temerá la competencia, luego hay que creerle bajo su palabra, aunque segun las trazas que los fabricantes se han dado hasta hoy, no vemos cuando pueda llegar el suspirado dia. Pero esta táctica de nuestros adversarios es ya muy conocida; cuando se trata de prometer, no les dueñen prendas, y segun sus brios no hay industria á quien no vayan á vencer en poco tiempo; pero este se pasa y si se trata de disminuir un poco el mo-

mio de que disfrutan, ponen el grito en el cielo alegando que no pueden competir con ninguna industria, y que todas tienen condiciones mas favorables que la suya: hoy es el carbon, mañana las máquinas, otro dia los salarios, en una palabra, el menor ataque á su querido monopolio los arruina y los reduce á pedir una limosna.

Si al menos se encerrasen en este terreno, si invocasen *esclusivamente* el interés personal quizá podríamos guardar silencio; pero cuando este interés trata de elevarse á teoría, cuando quiere hacer solidarias la causa del monopolio y la del interés general y aun la particular del trabajador, vendiendo como favores los sacrificios que exigen, solo la mordaza que reclaman para nosotros tendrá poder bastante para conseguirlo.

Responda categóricamente el Sr. de Villaboa. ¿Porqué pide diez años? Si la proteccion, como trata de probar mas adelante, es un bien, ¿á que ponerla límites de tiempo ni lugar? Buena es antes de los diez años, buena será despues de ellos. Pero ya oigo que me dice: En mi sabiduría he averiguado que á los diez años no hay necesidad de proteccion. Y entonces ¿para qué sirve la libertad de comercio? Si esta tiene por objeto facilitar los cambios, y estos, segun el Sr. de Villaboa no se harán ¿de qué nos servirá entonces? Muchas gracias por el regalo.

II.

Comienza la memoria con una introduccion en la cual sienta los principios que mas adelante le servirán para establecer las bases de su sistema económico, y en ella aparece un magnífico aunque oscuro elogio del trabajo.

El autor reconoce dos clases de trabajo: el *trabajo legítimo* ó para sí, y el *injusto* ó para otros: distincion que, francamente hablando, está fuera de nuestro alcance: no sabemos si por trabajo para sí entiende el trabajo destinado á objetos que ha de consumir el que los elabora, y si trabajo para otros, el empleado en objetos que se venden. Si tal es el sentido, ¿qué diferencia puede haber entre fabricar un objeto directamente para mi consumo, ó indirectamente dando otro en cambio de él? ¿Será la propiedad menos legítima en un caso que en otro? ¿Mi trabajo ha de sujetarse á leyes distintas? Es lo mismo que si quisiese establecerse una diferencia, por ejemplo, entre trabajar un campo con la azada ó con el arado. Tan absurda es esta idea, que nos arrepentimos de haberla atribuido al autor. Pero entonces, ¿qué quiere decirnos con su trabajo legítimo ó injusto? ¿Llama trabajo injusto cuando es para otros, es decir, cuando otros usurpan el trabajo de los demas, como sucede con el trabajo del esclavo? Entonces el Sr. de Villaboa se ha pasado á nuestro bando, porque tal es la razon que nos hace rechazar el sistema protector: que es una espoliacion, una usurpacion de trabajo, una esclavitud indirecta. En esta parte no son los libre-cambistas los defensores del trabajo injusto, y tal inculpacion mas bien debe dirigirse á los proteccionistas quienes para obrar acordes con su sistema, son ademas partidarios del régimen colonial y de la esclavitud que es su consecuencia.

¿Quién puede dudar que la proteccion establece una clase de *trabajo para otros, forzoso y por lo tanto injusto*? Es forzoso, porque si fuese voluntario no se necesitaria de proteccion; es para otros, porque no soy yo quien disfruta de ella; y ¿qué me importa que directamente no me priven del fruto de mi trabajo si indirectamente se llega al mismo resultado? Porque impedirme cambiar con el extranjero equivale á decir; por tu trabajo puedes

obtener mayor remuneracion, pero yo te obligo á contentarte con otra menor prohibiéndote un cambio ventajoso.

Tambien consigna el autor en su memoria el *derecho al trabajo*. No le seguiremos en esta perniciosísima teoría socialista que nos alejaria demasiado de nuestro objeto haciendo interminable la discusion; contentémonos con dejar consignado que este principio nos llevaria forzosamente á la negacion de toda propiedad, en una palabra, al comunismo, resultado muy diferente del previsto por el autor al hacer hermanos la propiedad y el derecho al trabajo.

Nosotros, sin embargo, no creemos sean estos los principios del Sr. de Villaboa, y atribuimos mas bien á una falta de lenguaje la espresion vertida en su escrito: sin duda por derecho al trabajo entiende el derecho que cada cual tiene al fruto de su trabajo, en lo cual estamos muy conformes, y por estarlo rechazamos el sistema protector que no es desde el principio hasta el fin mas que una negacion del derecho de propiedad. ¿No es absurdo que el uso de mi derecho no sea coartado ni en la donacion ni en la destruccion misma del objeto que me pertenece, y lo sea en el trueque, accion infinitamente menos nociva que las otras dos? Si el Sr. Gomez de Villaboa quisiese ser consecuente consigo mismo y con las premisas que sienta, no le veriamos militar entre nuestros contrarios sino con nosotros.

Los dos párrafos que siguen son aun mas curiosos.

«Si la produccion de subsistencias no tuviese un limite marcado por la naturaleza, la humanidad se acrecentaria hasta el infinito, haciendo imposible la organizacion social, su propia existencia, y la de todos los seres que viven y vegetan. *Las subsistencias son, pues, el regulador de la poblacion y el valor de ellas el nivelador de todos los valores.* Las condiciones del suelo y clima son irremplazables por la industria.»

«Por el contrario, la produccion de objetos para vestir y demas usos de la vida no tiene otro limite en la actualidad que el de los elementos que nos rodean, la tierra, el agua, el aire, la electricidad: su poder es infinito para nuestro entendimiento. Las cosas *comunes* no se valoran y no pueden ser objeto del comercio humano. Todos los hombres nacen con disposicion para el trabajo y todos caminan á la perfeccion.»

Siendo esto cierto, lo es necesariamente que en cada nacion, *el trabajo para producir las subsistencias debe protegerse y desarrollarse hasta su limite natural, y que el trabajo destinado á satisfacer las demas necesidades debe protegerse y desarrollarse hasta el limite del consumo propio y nada mas.* Tal es la verdadera base para discernir *el uso del abuso proteccionistas.*»

Dejemos á un lado los errores económicos que hormigean en los párrafos anteriores; no nos ocupemos tampoco de la estraña definicion que da del valor y vamos á cosas de mas bulto.

«Las condiciones del suelo son irremplazables por la industria.» Luego la agricultura inglesa nunca debió haber progresado: luego un mayor capital, un trabajo mas asiduo, una mejora en los aperos de labranza no influyen en el valor de las sustancias alimenticias, porque las condiciones del suelo no se pueden reemplazar.»

Por el contrario «la produccion de los objetos para vestir..... es infinita.» No tiene limites aunque lo tienen las materias primeras que se ve obligada á emplear. Tampoco importan nada las circunstancias de la fabricacion; como tener el carbon á mano, encontrar una caída de agua ú otro

motor económico y poseer buenas vías de comunicacion para trasportar los géneros,.

Mal parados deja con esto á sus protegidos los fabricantes catalanes, echando por tierra una de las razones en que insisten con mas complacencia. ¿Cómo, dicen, quereis dejar entrar los géneros de algodón cuando nuestra industria no se encuentra *en las mismas circunstancias* que la Inglesa? ¿Dónde tenemos el combustible, dónde el hierro sin el cual no pueden existir esas poderosas máquinas que son los brazos de nuestra industria? El Sr. Gomez de Villaboa les contesta por nosotros que esto es completamente indiferente para su industria.

El Sr. de Villaboa confunde las especies. Las condiciones del clima, del suelo y demas circunstancias favorables ó adversas influyen en los gastos de produccion y por consiguiente en la cantidad de la misma produccion. En lo que no influyen (¿se hace V. cargo Sr. de Villaboa?) es *en los cambios* de nacion á nacion, en los cuales solo se atiende á los gastos *relativos* de los objetos cambiados apreciados alternativamente en cada uno de los dos países, y esto lo mismo con los objetos de la primer categoría que con los de la segunda. Pero como el Sr. de Villaboa es enemigo de los cambios no insistiremos mas en esto.

Consecuencias que de las dos proposiciones sentadas saca el Sr. de Villaboa.

«Las subsistencias deben protegerse hasta su limite natural; los demas objetos hasta el consumo propio.»

Metafísicamente oscuro andubo el Sr. de Villaboa; procuraremos sin embargo adivinarle el pensamiento, y argüiremos en su compañía de la manera siguiente:

Limitando las subsistencias la poblacion, es necesario desarrollar su produccion todo lo posible y como consecuencia debe protegérselas todo lo posible, y para ello prohibicion absoluta de la entrada de subsistencias.

La satisfaccion de las demas necesidades deben protegerse hasta el consumo propio y nada mas: mientras entre un hilo de algodón extranjero en España, la industria no satisface todo el consumo propio; consecuencia: prohibicion tambien absoluta como en el caso anterior. La distincion tan alambicada del autor viene á caer por tierra.

Y ahora se nos ocurre una pregunta. Al sentar que la industria fabril no debe ser protegida *mas allá del consumo propio*, dá á entender que pudiera serlo. ¿Y esto cómo? ¿De qué manera puede imponer el Sr. Gomez de Villaboa á las demas naciones los productos de nuestra industria? Solo vemos un medio, la conquista; una guerra perpetua para sujetar pueblos á nuestra dominacion y mantener en ella á los que traten de recuperar su independencia: esto es, la destruccion de toda industria y comercio. ¡Tales son las consecuencias á que conduce el fatal sistema protector!

Si la industria *no debe ser* protegida mas allá del consumo propio, lo que equivale á anatematizar la esportacion, adios todos los cálculos pomposos y *aritméticos*, que mas adelante presenta el autor para demostrar lo que pierde la nacion que compra y cuánto gana la nacion que vende. Para que siempre se verifique que de un principio falso solo se va á parar al absurdo.

CONGRESO INTERNACIONAL DE LAS REFORMAS ADUANERAS.

Sesiones del 22, 23, 24 y 25 de Setiembre de 1856.

(Continuacion.)

Tercera sesion.—(Miércoles 24.)

Los comités de estadística y de legislación y proposiciones continúan y concluyen sus tareas por la mañana. Abrese la sesión pública á la una de la tarde; Mr. Jottrand, hijo, secretario, presenta una reseña de los numerosos informes y documentos dirigidos al Congreso.

Mr. HENRY de ROUBAIX, miembro del tribunal de comercio de Courtrai, entrega á la mesa una nota relativa á la industria del lino. Esta industria que no ha obtenido ventaja alguna de las presuntas que la concedía el tratado con Francia ha experimentado por el contrario grande estímulo con la exención de derechos de importación que el art. 40 de la ley de depósitos concede á los hilos extranjeros con tal que se los esporte ya teñidos.

Mr. DAVID, consejero de Estado, jefe del negociado de estadística de Copenhague, presenta una nota sobre el estado de Dinamarca, en la que resaltan las ventajas obtenidas por este reino al abstenerse de prohibir la exportación de granos en los últimos años y los buenos efectos que el régimen liberal ha producido en la industria agrícola.

Mr. CATTEAUX WATEL, armador, delegado del tribunal de comercio de Amberes protesta contra la calificación de *retrógrado* dada al tribunal que representa. Observa que la marina mercante belga no goza ya protección alguna, la que no existe ni aun para el cabotaje en tanto que otras naciones renombradas por su liberalismo, Inglaterra, por ejemplo, conservan sobre todo en sus colonias numerosos vestigios del sistema protector. Declara que el tribunal de comercio de Amberes quiere la libertad comercial sin límites, sin restricción. Si hemos hablado de reciprocidad, dice, no entendemos por tal la estrecha y ridícula que se nos ha prestado, y consiste en volver escudo por escudo, sino la de sistema, basada en la equidad y en la justicia; queremos, en una palabra, la libertad de comercio en todos los pueblos, única libertad que puede darnos la reciprocidad que deseamos. Tal es, señores, nuestro pensamiento entero; declaro, pues, en nombre del tribunal de comercio de Amberes que el tribunal admite el sistema del libre-cambio sin reservas ni restricciones, y á nuestra vez esperamos que los promovedores de este sistema en el mundo comercial no se limiten á brillantes profesiones de fe, antes trabajen activamente á fin de que tengan entre ellos aplicación los principios liberales que entre nosotros dominan. (Señales de aprobación.)

Mr. ACKERSDYCK, catedrático de la universidad de Utrecht, delegado de la sociedad del desarrollo de la industria en Holanda, denuncia la exageración de ciertos derechos fiscales que allí existen sobre la cerbeza, el jabón, la sal refinada, el combustible y el azúcar, derechos que oponen graves obstáculos al consumo. No condena menos el sistema de los Drawbacks, que degeneran en primas á la salida del azúcar, lo que obliga á los contribuyen-

es holandeses al pago de contribuciones destinadas á proporcionar á los extranjeros el azúcar á menos precio. Entra en seguida el orador en la cuestion del régimen colonial y declara que el derecho protector de 12 $\frac{1}{2}$ por 100 concedido en las colonias á los productos holandeses (estos pagan 12 $\frac{1}{2}$ por 100 y los extranjeros 25 por 100), ha perjudicado al progreso de la industria de la metrópoli; que lo propio ha tenido lugar con las primas acordadas á la navegacion por la sociedad de comercio de los Países-bajos; que esta sociedad privilegiada ha sido para la industria y el comercio de Holanda, una plaga verdadera que ha matado el espíritu de empresa y que de este modo la nacion ha hecho sacrificios enormes para coartar el desarrollo de su comercio. El orador se queja por otra parte de los obstáculos puestos por diversas naciones al comercio neerlandés: Bélgica rehusa recibirle su pescado, Alemania sus azúcares y sus cafés, Francia no permite á los paquebots de vapor de Rotterdam á Marsella hacer escala en los puertos del Océano para tomar en ellos mercancías ni aun cartas; los peages del Rhin son excesivos; suman mucho mas que lo necesario para las obras de conservacion del rio, y sirven para indemnizar á los príncipes ribereños. En fin, el orador clama contra los privilegios de invencion que á su parecer constituyen trabas funestas á la libertad de la industria.

Mr. NARWASKI delegado del instituto de Ginebra, emite en nombre de dicho instituto varios votos en favor de la simplificacion y reduccion de los peages de Suiza, del establecimiento de la uniformidad de pesos y medidas y de la disminucion de las tarifas de los estados limítrofes con Suiza.

El Sr. PRESIDENTE, conforme á lo que habia dicho el dia anterior, concede el uso de la palabra á Mr. DUPONT DE FAYT; pero el orador proteccionista que escribiera una larga carta al periódico *El Telégrafo*, quejándose de no haber podido hablar, continúa sin responder al llamamiento, y uno de sus amigos manifiesta que no está en Bruselas.

El Sr. GOMEZ DE VILLABOA, delegado de la asociacion de ganaderos de España, lee un largo discurso en el que combate la doctrina del libre-cambio. El Sr. FIGUEROLA declara que las opiniones del Sr. Gomez, que representa á una poderosa asociacion, no son las de los demas españoles presentes.

La asamblea pasa á ocuparse de la tercera cuestion: «Medios propuestos ó por proponer para destruir ó atenuar los obstáculos que se oponen á la reforma aduanera.»

M. G. DE MOLINARI presenta un informe acerca de una proposicion de M. CorrVandermaeren cuyo objeto es constituir una asociacion internacional para las reformas aduaneras. M. de Molinari cree que hay completo acuerdo en todos los miembros de la asamblea sobre el resultado que se quiere obtener, y cree asimismo que el medio mas eficaz de lograr aquel, es la asociacion. «Se trata, dice, de contrarestar la coalicion egoista de los intereses privados, la coalicion de los privilegios, con la gran coalicion del interés general. No olvidemos que todas las libertades de que hoy gozamos, civiles, políticas, religiosas, se han obtenido por la Asociacion. Empleemos pues una vez mas esta poderosa arma para obtener la libertad de comercio, complemento de todas las demas. Acordémonos de la divisa de nuestro pais: *«la union constituye la fuerza»* y fundemos una asociacion internacional para la libertad de comercio.»

Se procede á votar la proposicion, redactada en estos términos: «*El Congreso funda una asociacion internacional para la libertad de comer-*

cio.» Adóptase por unanimidad menos un voto (1) en medio de una salva de aplausos.

Sométense acto continuo al Congreso multitud de proposiciones. Entre ellas anotaremos: 1.º una en favor de la uniformidad de pesos, medidas, monedas y porte de cartas, y del establecimiento en Bélgica de una sucursal de la asociacion internacional fundada con este objeto (por M. M. Jacques Valserres y Tillière; 2.º otra en favor de que se generalice la institucion de los tribunales de comercio (por M. Henry Dix Hutton); 3.º otro en favor del establecimiento de una legislacion única sobre el porte de cartas, periódicos é impresos (por M. Adolfo Demeur); 4.º otro en favor de la abolicion del sistema colonial; este voto emanado de la proposicion de M. Agie (véase la 1.ª sesion) se enmendó del modo siguiente por M. Hartwig Hertz: «El Congreso emite el deseo de que sea abolido cuanto queda del sistema colonial»; 5.º otro propuesto igualmente por M. Hartwig Hertz en favor de la abolicion de los derechos de paso y tránsito por los rios y estrechos; 6.º otro (por M. Augusto Convreur) para que se modifique la legislacion de pasaportes; 7.º otro (del Doctor Helm) para que se simplifiquen las declaraciones y otras formalidades de aduanas; 8.º otro en favor de que se uniformen las legislaciones comerciales (por los delegados holandeses); 9.º otro (por M. Ch. de Cocquiel) para vulgarizar la enseñanza de la Economía política. Este voto importante adoptado por unanimidad, menos dos votos, está redactado como sigue:

«El Congreso desea que se introduzca en todos los establecimientos de instruccion pública y privada y con la mayor estension, no solamente en las universidades sino tambien en las escuelas primarias, colegios y escuelas profesionales la enseñanza de la economía política, y que con este objeto se formen profesores para enseñar y popularizar esta ciencia.»

M. M. Sagez y Tillière presentan informes sobre estas proposiciones que dan lugar á varias observaciones. El informe de M. Tillière sobre la enseñanza de la economía política ocasiona particularmente un reñido debate en el que toman parte M. M. Ch. Polican, Berteaut, Pascal Duprat y Danjou.

M. BERTEAUT delegado del tribunal de comercio de Marsella se queja de que el informante, señalando la ausencia casi completa de la enseñanza de la economía política en Francia, haciendo constar que bajo este punto de vista está aquella detrás aun de la Rusia, afirmando que se comprende mejor en el extranjero que en su patria á J. B. Say, se queja, decimos, de que el informante se haya propuesto fijamente rebajar á Francia; declara que Francia no ha desmerecido en el ánimo de nadie, que marcha siempre á la cabeza de la civilizacion y que no se detendrá en la via del progreso económico en que ha entrado. M. Danjou, redactor del *Mensagero del Mediodia* y delegado de la cámara de comercio de Mompeller apoya esta protesta.

Se adoptan todas las proposiciones menos la relativa á los tribunales de comercio que se acuerda trasladar á la asociacion internacional para las reformas aduaneras.

M. EVVART, miembro del parlamento inglés propone votar un mensaje al Rey, y despues la asamblea decide tener una sesion mas el siguiente dia en el salon del circulo artistico y literario puesto que el del Ayuntamiento debe estar preparado para el banquete.—Se levanta la sesion á las cuatro y media.

(1) El Sr. Gomez de Villaboa.

SOBRE LA PROTECCION Á LA INDUSTRIA DEL HIERRO.

(Conclusion.)

Nuestra reforma arancelaria de 1849, que hizo presagiar á Mr. Fettyplac la ruina de nuestra industria ferrera, que ha ocasionado un decremento en la produccion nacional, que hizo subir la importacion en 1851 á 46129 quintales en lingote elevándose en igual proporcion la del hierro forjado y el batido y la de las planchas para máquinas que ascendieron en el mismo á 11529 quintales siendo nula en 1849, conducia al mismo resultado que hemos visto en el vecino imperio desde 1829 á 1856. ¡Se quiere un dato mas elocuente de que nuestra produccion no satisface los deseos del comprador ó por sus cualidades ó por su exigüidad que es la carestia! Apenas se abren las puertas á los hierros extranjeros, el pueblo se lanza á su adquisicion ávido de adelantos y de satisfacciones, y sin embargo, á los gritos del productor se cierran esas puertas con las trabas de la proteccion olvidando que el interes del consumidor es el interes de la nacion entera. ¡Como si el destino del hierro fuese solo el de *ser producido*! ¡Como si se quisiera que permaneciésemos eternamente sumidos en las tinieblas del abandono y de la ignorancia!

Pretender que el producto indígena es bastante á cubrir las exigencias del mercado nacional, es querer sujetar las necesidades del consumo, siempre creciente, siempre progresivo, al raquitismo de la produccion. Es querer imprimir sobre el libro de nuestros adelantos la inflexible sentencia *non procedis amplius*.

¿Replicareis, acaso, que á vuestras fábricas no se las protege lo bastante para poder aumentar sus rendimientos? Voy á aceptar vuestra réplica presentando el siguiente cuadro estadístico de la produccion y consumo en diferentes naciones.

	Territorio en miriá- metros cuadrados	Poblacion.	Produccion anual en hierro. Toneladas.	Hierro consumido anualmen- te. Tone- ladas.	Consumo por miriá- metros cuadrados Toneladas.	Consumo por habi- tante. Ki- lógramos.
Reino-Unido	3,093	27000000	3.500,000	1.500000	484	55
Estados Uni- dos.	24,849	22000000	1.000,000	1.100000	44	50
Bélgica. . . .	294	4.500000	200,000 (1850)	100,000	540	22
Francia. . . .	5,276	36000000	700,000 (1855)	750,000	142	20
España. . . .	4,730	14000000	37,000	60,000	12	4

Al ver el papel que en este cuadro representa nuestra España ¿se querrá sostener todavía que el producto indígena, por protegido que sea, puede

llenar las necesidades del consumo? ¿O se entiende por consumo, en nuestras condiciones de atraso, una cantidad fija, limitada, permanente? Y digno es de notarse que mas de diezmil toneladas del hierro nacional figurado se obtienen por el método directo, asolando nuestros escasos bosques y cambiando las circunstancias productivas y climatéricas de comarcas enteras. ¡Cómo si una generacion tubiese el derecho de legar á las generaciones sucesivas un suelo despojado, estéril y enfermizo!

Mr. Fettyplace reprueba enérgicamente las escepciones de la ley que desde 1846 acá vienen haciéndose en favor de grandes empresas ó proyectos, por ejemplo, la de las obras del Canal de Isabel II; de la canalizacion del Ebro; conduccion de aguas de la Fuente de la Reina, etc.; todas las cuales han introducido ó siguen introduciendo la tuberia necesaria exenta de derechos. Recuerdo á esta sazón las palabras que hace mas de medio siglo escribia el abate Ferray: «no hay comerciante que no quiera ser solo á vender sus géneros, no hay tráfico en el que aquellos que le ejerzan no traten de separar sus competidores presentando algunos sofismas para hacer creer que el Estado se halla interesado en evitar la concurrencia estrangera.»

Si como sienta el proteccionista director de la fábrica de Mieres, la industria indígena del hierro no puede competir en baratura (y en mi concepto, generalmente hablando, en calidad tampoco) con su similar la inglesa: ¿puede una administracion bien ordenada ó el buen sentido comun optar por la primera cuando se trate de adquirir sus productos? (1) Colóquese Mr. Fettyplace al frente de cualesquiera de esas obras, que por su magnitud y su importancia son las obras del siglo; deje por un momento el carácter de productor para revestirse con el de consumidor, y digamos, leal y francamente, si entonces no hubiera realizado lo que hoy con tanta energía condena. Si alguna queja se debe lanzar en contra de esos privilegios, es por hacerlos exclusivos de grandes y determinadas empresas.

¿Qué significan esas escepciones? El mismo proteccionista lo dice: *un favor* en pró de las empresas concesionarias, es decir, *un beneficio* otorgado á una pequeñísima parte de los consumidores. Generalizado ese beneficio ¿sobre quienes recaerian sus ventajas? Sobre la masa total de consumidores, sobre el pueblo entero, y el progreso de los beneficios de un pueblo

(1) Don Valentin Ferraz en su *memoria de los trabajos ejecutados para obtener la elevacion y repartimiento de las aguas llamadas de la Fuente de la Reina*, que acaba de publicarse, espone en las siguientes líneas los motivos que ha tenido para encargar la tuberia á Inglaterra: «Mientras estas gestiones se practicaban (para la escepcion de derechos) recibíanse las noticias pedidas al estrangero y á las fábricas nacionales, y sus contenidos hicieron reconocer desde luego la preferencia que debia tener la fabricacion fuera del reino, en razon á que los fabricantes españoles unos indicaban no poder absolutamente cumplir sus empeños en el plazo que se les prefijaba; otros, aunque se comprometian á ejecutarlos, lo hacian, sin embargo, con la salvedad de ser en el caso de que sus obreros no abandonasen el trabajo, y todos por lo general presentaban precios altos, y pedian depósitos, anticipos ó garantías, que no habria dificultad en conceder á ser los precios admisibles...» Mas adelante y en el mismo escrito se dice que «comparados los precios y plazos que los productores españoles exigian para la entrega de los tubos, con las cuentas de todos los gastos que han originado los traídos del estrangero, se ha visto que estos se han obtenido mas baratos y mas pronto que si se hubieran adquirido en España.»

es el progreso de ese mismo pueblo. Si para conceder ese favor es indispensable el quebrantamiento de la ley, debemos necesariamente deducir que esta ley *perjudica* siempre á la masa total de consumidores, al interés general, puesto que le *favorece* cuando se le exceptúa de sus prescripciones. Hé aquí una ley anómala, inconcebible, absurda.

Mr. Fettyplace, cuya buena fé me complazco en reconocer, demanda, como productor, una proteccion eficaz, constante y decidida, ¡Cómo si el interés del consumidor, al cual nunca se le oye, no debiese pesar mas en la balanza de la conmiseracion gubernativa! ¡Si estará destinado á vivir como Prometeo amarrado eternamente á la roca de sus miserias, sintiendo devorar sus entrañas por el insaciable buitre del impuesto!

En otro lugar de su memoria, el director de la fábrica de Mieres calcula que con el sistema seguido hasta aquí de favorecer á las grandes empresas, dentro de pocos años entrarian libres de derechos para el establecimiento de las principales vías férreas, una enorme cantidad de hierro equivalente á la produccion total de España en diez años y medio, queriendo deducir acaso de este cálculo la ruina del país, porque á esta conminacion vienen á parar siempre las declamaciones de los proteccionistas. Voy á demostrar, con la lógica inexorable de los números, el resultado de semejantes predicciones. Si el desarrollo total de las tres grandes vías férreas que han de atravesar nuestra península es de unas 280 leguas; si para cada legua se necesitan 30,000 quintales de hierro; si el hierro indígena cuesta 89 rs. quintal y el extranjero se cotiza en los puertos de Santander y Cádiz á 27 reales 50 céntimos, término medio (2), (siempre valiéndome de los datos de Mr. Fettyplace), claro es que empleando el hierro nacional, el invertido en las 280 leguas tendrá de coste 747.600,000 rs. y haciendo uso del extranjero, libre de derechos, ascenderá á 231.000,000. La diferencia, pues, en favor del último es de 516.600,000 rs., ó sea 1.845,000 por legua; debiendo tener en cuenta, segun dice Mr. Fettyplace, que los precios de los hierros extranjeros son hoy mas subidos que nunca. Si esta inmensa economía se realiza tan solo en 280 leguas, calcúlese á cuanto no ascenderá la que puede obtenerse en todos los ferro-carriles que hayan de atravesar nuestro suelo.

Si accediendo á los deseos de los proteccionistas se quisiera emplear el hierro español, el país llegará á perder todo lo que los productores ganen, porque el concesionario que haya de costear el establecimiento de la vía y su explotacion, despues de cubrir los gastos corrientes, tratará de sacar un producto liquido igual al interés del capital invertido. Este producto liquido saldrá de los bolsillos del consumidor, que es la víctima sacrificada siempre en aras de la proteccion.

Para demostrar el director de la fábrica de Mieres que el consumo na-

(2) Debo advertir que he tomado el precio de los hierros estirado y forjado de mas de una pulgada, en razon á no incluirse separadamente en el estado de los precios medios de varias clases de hierros, inserto en la Memoria de Mr. Fettyplace, los correspondientes á los rails nacionales y extranjeros, cuyas clases entran por mucho en el cómputo de los 30,000 quintales de hierro necesarios para cada legua. La influencia que esto puede ejercer en el cálculo es insignificante, puesto que los precios de ambos productos estarán próximamente en igual relacion (1 : 3,23) que los de todas las demas clases presentadas en la citada memoria.

cional no es susceptible instantáneamente de un grande aumento, recuerda lo acaecido en 1849 á consecuencia de la citada reforma arancelaria, la cual produjo en 1850 y 1851 un decremento en la importacion de los flejes. Esta conclusion tendria algun valor, aunque siempre escaso por el corto período á que se refiere, si el autor de la *memoria proteccionista* no nos hubiese dicho antes «que merced á la misma reforma la importacion estrangera *aumentó rápidamente* desde 1849 á 1852, siendo la del lingote en 1850 de 17,124 quintales mas que la de 1849, y en 1851 de 29,005 quintales mas que la del año anterior; ascendiendo en igual proporcion la del hierro forjado y batido, y sobre todo la de las planchas para máquinas de las cuales, de no figurar por ninguna cantidad en 1849, se importaron en 1850 5,719 quintales y 11,529 en 1851.» Estos argumentos acomodaticios prueban la fijeza de las doctrinas proteccionistas.

Sostener que la proteccion concedida á los hierros nacionales no perjudica ni se opone al desenvolvimiento de las industrias agricola y fabril, es el colmo de la ofuscacion porque no puede suponerse que sea el de la malicia. La proteccion, interpretada por sus resultados, no es otra cosa que la restriccion de una materia ó de un objeto, es decir, su escasez; y como consecuencia precisa de su escasez, su carestía. Ahora bien; si esa materia ó ese objeto es necesario ó indispensable para el establecimiento ó la marcha de una industria cualquiera, ¿puede esta industria desarrollarse bajo el régimen protector que coarta la adquisicion de sus elementos, como pudiera hacerlo bajo un sistema libre? La afirmativa seria un contrasentido.

Aplicando, pues, estos principios generales al hierro que es el *sine qua non* de todas las industrias y especialmente de la fabril y agricola, los derechos protectores de aquel ¿pueden no ser hostiles á estas? Para demostrar que este perjuicio no existe, cita Mr. Fettyplace el ramo de vinateria que paga por impuestos sobre los flejes y aros una pequeña cantidad, insignificante si se atiende al valor esportado. Por inapreciable que sea esta cantidad (y no lo es tanto cuando en 1854 ascendió á 1.865,375 rs.) no hay derecho alguno para obligar al consumidor á desprenderse de ella, pudiendo invertirla en el desarrollo de otra industria *verdaderamente nacional*, ó en el logro de otras satisfacciones.

¿Qué influencia, pregunta Mr. Fettyplace, puede ejercer en el atraso á que, por punto general, se encuentra reducida la agricultura el que las guadañas cuesten 30 ó 40 rs. mas ó menos por quintales si en cada uno de estos entra un número bastante para las faenas anuales de tres ó cuatro grandes labores, siendo por tanto de uno ó dos céntimos de real á lo sumo al año la diferencia de este sobre-precio en el producto de cada fanega de tierra? Escasa seria esa influencia si el agricultor hiciese uso únicamente de *guadañas*, el mas insignificante utensilio de su industria. ¿Están reducidos los trabajos agricolas al esclusivo empleo de esa herramienta? Y si el pueblo ha de trasportar sus géneros, satisfacer sus necesidades ó sus deseos, cambiar sus servicios por otros servicios: ¿no ha de sentir una y mil veces los perniciosos efectos de la proteccion? Recuerde Mr. Fettyplace que en 1850, el sabio economista Mr. Say, fundado en datos tan minuciosos como irrecusables, calculaba que el impuesto sobre el hierro costaba á la agricultura francesa de 17 á 18 millones de francos!

Otros muchos errores económicos encierra la memoria que ha dado origen á estas lineas; pero ni las dimensiones que ha tomado este artículo ni mis ocupaciones actuales me permiten rebatirlos. Destruidas, por otra

darte, las bases en que se apoyan, desaparecen por completo á la luz del mas ligero raciocinio.

La industria metalúrgica del hierro no puede ser *industria nacional* si para su sosten exige la *proteccion* del Estado. El apoyo del *poder* simbolizado en el sistema prohibicionista, solo puede prestarle una vida efímera, raquítica, artificial. Para su desarrollo se necesita otra clase de proteccion no inscrita en el índice de nuestros aranceles; se necesita una buena eleccion en el establecimiento de nuestras fábricas, circunstancia casi siempre desatendida entre nosotros; se necesita acercar los centros de produccion á los centros de consumo; se necesita una demanda que es imposible que el régimen protector le facilite; se necesita una fuerte reduccion en los impuestos directos que ahogan nuestra naciente industria. ¡No hace mucho tiempo he visto demoler un cubilote que existia *de repuesto* en uno de nuestros talleres metalúrgicos, porque se exigia una contribucion onerosa solo por su existencia! ¡Un pequeño martinete que era un accesorio de la misma fábrica, para aprovechar un exceso de fuerza motriz y puesto en actividad en muy raros dias, se reputaba como un aparato en *marcha permanente* reclamando por él un exacerbante tributo! Para reprobar estas exacciones, para romper estas trabas que ligan todos los intereses de nuestro pais á la mas odiosa servidumbre, que llevan el temor y el desaliento al corazon de nuestros industriales, el director de la fábrica de Mieres encontrará siempre por escasa ayuda mis débiles fuerzäs y mis pálidas declamaciones.

R. RUA FIGUEROA.

ASOCIACION INTERNACIONAL PARA LAS REFORMAS ADUANERAS.

Los fundadores de esta asociacion trabajan activamente en todos los paises para establecer las sucursales. En Holanda ha sido ya establecida la comision directiva; que ha celebrado su primera sesion en 1 ° de noviembre.

En Francia Mr. J. Dollfus ha aceptado la mision de que fué investido por la asociacion internacional, y le han ofrecido su apoyo las cámaras de comercio de Burdeos y Marsella, donde la fundacion de una liga internacional ha sido acogida con el mayor entusiasmo.

Mr. *Vichmann* se ocupa de organizar las comisiones de Berlin y Hamburgo.

En Inglaterra se trabaja tambien con gran actividad.

En España, el número de adhesiones es ya considerable, y en el momento en que desaparezcan algunas ligeras dificultades que se han presentado por las ocupaciones del Sr. D. Alejandro Mon, se constituirá definitivamente la comision directiva.

La *comedia* (segun la *Revista industrial*) del congreso de Bruselas va dando sus frutos, y tenemos fundadas esperanzas de que no será en España donde los dé menos abundantes y sazonados.

VARIEDADES.

Los estudios económicos están este año en mayoría en el Ateneo. Hé aqui la lista de las clases que tienen ese carácter.

Estudios filosóficos, políticos y económicos sobre el derecho de propiedad por D. J. R. Leal.—Los lunes, de 7 á 8 de la noche.

Exámen de los causas que pueden contribuir en España á la escasez y carestía de las subsistencias, y esposicion de las medidas que han de aplicarse como remedio por D. J. Jimenez Serrano.—Los miércoles, de 8 á 9.

Consideraciones sobre la mejora de las clases de la sociedad y principalmente de la pobre; por D. A. A. Galiano y Trujillo.—Los jueves de 9 á 10.

Economía política, por D. L. Figuerola.—Los sábados de 9 á 10.

De las vías de comunicacion consideradas bajo el aspecto económico, por D. G. Rodriguez.—Los sábados de 8 á 9.

Tenemos entendido que se va á crear una sociedad de Economía política, á semejanza de la que existe en Paris. Su único objeto será reunir todos los meses en un sencillo banquete á los hombres dedicados por afición ó profesion al estudio de esta ciencia, para discutir de sobremesa sin pretension alguna sobre las cuestiones económicas que se crean de mayor interés.

La Oliva, periódico de Vigo, copia en su núm. 81 el artículo que publicamos en el núm. 18 de *EL ECONOMISTA*, diciendo despues:

«Al insertar el anterior artículo, creemos escusado manifestar que nos adherimos completamente á su pensamiento, puesto que ya tenemos dicho nuestra opinion acerca de este interesantísimo asunto para la prosperidad del comercio y del país en general. Seguiremos publicando y defendiendo en nuestras columnas todo lo que emane ya de la asociacion internacional ya de la española, como miembros que seremos de ellas.

La *Revista industrial* de Barcelona se empeña en hacer creer en su núm. 46, que todo lo que se escribe en España en favor de la libertad comercial está escrito por una sola pluma. Suponiendo que sea cierto, debemos preguntar á la *Revista* ¿qué es lo que saca en limpio de ello?

Solo nos falta que nos diga la *Revista* quien es el fecundo escritor á que alude. ¿Es el corresponsal del *Criterio*? Es el director del *Semanario*? Es el director del *ECONOMISTA*?

Con motivo de la presentacion del Sr. Villaboa á SS. MM., de que han hablado algunos periódicos, dice la *Revista industrial*:

«En vista de ello preguntamos nosotros ¿tendrán valor todavía esos frenéticos libre-cambistas para desenvainar la espada contra el sistema protector? Si tal hicieran, miles y miles de españoles les dirian como doña Juana al capitan Don Alvar en «La locura de amor.» De rodillas, libre-cambistas, de rodillas! La causa de la proteccion es la causa de la Reina; rendid vuestras armas.»

Nuestros lectores tienen bastante penetracion para figurarse todo lo que diriamos sobre el párrafo anterior, si quisiéramos perder el tiempo. Pobre sistema proteccionista cuando semejantes inconveniencias hace cometer á sus defensores.

La *Revista industrial* que no sabe ya á que santo encomendarse para poder contestarnos, se ha decidido á echarse en brazos del sistema jocoso, á pesar de que no gusta de *sainetes* ni *polichinelas*. En un artículo que ha publicado en el último número con el título de Sección recreativa, nos dedica unas cuantas líneas á que no les falta mas que la gracia para ser dignas del difunto *Padre Cobos*, cuyo estilo tratan de remedar.

Recomendamos su lectura á nuestros lectores para que vean todo lo que puede decirse, cuando no se sabe que decir; advirtiéndoles porque es fácil que no se apercibieran de ello, que la *Revista* trata en dicho artículo de contestar al que publicamos en nuestro número 19, calificando como lo merecia su sistema de argumentacion y al suelto motivado por la leccioncita que nos regaló de francés.

Nuestro apreciable colega el *Semanario económico* ha suspendido su publicacion. Lamentamos esta pérdida, aunque no es tan completa como pudiera serlo, puesto que las acreditadas plumas que en dicho periódico escribian en favor de la libertad comercial van á continuar sus tareas en otra publicacion que tendrá principio muy pronto.

En el número próximo *dirá la Revista industrial* de Barcelona, como el héroe de cierto melo-drama, á medida que iba matando sus enemigos: «Y van dos. El *Semanario económico* ha muerto, bajo el peso de nuestra maza proteccionista»

Pero acaso no se atreva, por qué como cuando dijo lo mismo del *Correo* de Castilla, resultó que el *Correo* no habia muerto, sino que se habia puesto nombre nuevo, y con el nombre nuevo volvió á los andadas ó lo que es lo mismo á machacar sobre los principios de la *Revista industrial*, puede ser que ahora diga esto para sí: *Non bis in idem*.

Damos las gracias al *Economista belga* por la benevolencia con que juzga nuestros esfuerzos por la causa del libre-cambio. Su aprobacion nos es muy satisfactoria porque somos admiradores sinceros de Mr. G. de Molinari, que tantos servicios ha prestado á la propagacion de los conocimientos económicos en su pais con su acreditado periódico.

El dia 29 del pasado dió principio en el Ateneo el conocido economista Sr. Figuerola á sus lecciones de economia política. Mucho esperamos de ellas para la propagacion en nuestro pais de la ciencia económica, que colocó el Sr. Figuerola en su primera conferencia á la altura que le corresponde, denominandola *filosofía del trabajo*.

SUMARIO.

Programa económico del Eco de la Ganaderia y de la industria.—Remitido acerca de una memoria del Sr. Gomez de Villaboa, titulada Reforma mercantil é industrial.—Congreso internacional de las reformas aduaneras. (*Continuacion*) — Sobre la proteccion á la industria de los hierros, por D. R. Rúa Figuerola. (*Conclusion*).—Asociacion internacional para las reformas aduaneras.—Variedades.

MADRID:—1856.

Imprenta de D. JOSÉ C. DE LA PEÑA, Atocha, 149.